

Los Saptarishis: una historia de Bhagavan Nityananda

Narrada por Eesha Sardesai

Se cuenta en la India que el cielo de la noche lo iluminan los *saptarishis*, los siete sabios cuyas enseñanzas han sido reverenciadas por milenios, aquellos quienes recibieron el conocimiento de las escrituras a través de la inspiración divina e hicieron su tarea de vida impartir este conocimiento a los demás. Para cada uno de estos sabios, para Kashyapa, Atri y Bharadvaja, para Vishvamitra y Gautama, para Jamadagni y Vasishtha, existe una estrella en los cielos. Juntas, estas siete estrellas forman la constelación *saptarishi*, conocida en Occidente como Osa Mayor.

Mucha gente en India ofrece *puja* a estos siete sabios. La costumbre es hacer esta adoración en la luna llena del mes de Shravana, que usualmente corresponde a agosto. No obstante, algunas personas realizan esta *puja* a lo largo del año cuando la han establecido como su propio ritual personal.

Ese fue el caso de una señora en particular, una *amma* que vivía en Mumbai en la década de 1950. Cada mes, en la noche de la luna llena, colocaba sobre su altar siete nueces de betel. Cada una de las cuales representaba a un sabio. Encendía la flama e incienso, y mientras las delicadas plumas de humo ascendían en espiral, ella realizaba su *puja*.

Sucede que esta *amma* era devota de un gran Siddha Guru, un Maestro vivo que residía en la aldea de Ganéshpuri en el valle del río Tansa. Ella era devota de Bhagavan Nityananda.

Cierto año, durante la estación de verano, esta *amma* hizo un viaje a Ganéshpuri para recibir el *dárshan* de Bade Baba. Su plan era quedarse allí unos días y después regresar a casa durante la luna llena, para así poder ofrecer su habitual *puja* a los *saptarishis*.

Cuando llegó el día de la luna llena, la *amma* se preparó para visitar a Bade Baba y recibir su *dárshan* antes de partir. Caminó por la angosta vereda hacia Kailas Nivas, la casa recién construida para Bade Baba la cual era también el lugar donde daba *dárshan*. Todo estaba en calma en la aldea. En aquella época, solo había unas cuantas casas por aquí y por allá y un local: una tienda de comestibles creada por devotos de Bade Baba, por instrucciones suyas, en beneficio de los visitantes que llegaban de fuera.

Al acercarse, la *amma* tuvo a la vista los arcos y domos Kailas Nivas, vio que las puertas no estaban abiertas todavía. De modo que se sentó afuera y decidió esperar. Otras personas deambulaban por ahí, muchas de ellas en espera también de tener *dárshan*.

Pasaron diez minutos. Veinte minutos. Una hora, dos horas... Inesperadamente se acercaba la tarde. El sol de verano caía directamente sobre la cabeza y una órbita blanca se difuminaba en el azul del cielo. La *amma* comenzaba a preocuparse. Por otro lado, si no regresaba a casa pronto, se perdería el *muhurta*, el momento específico durante el cual ella debía ofrecer su *puja* a los *saptarishis*. No había duda de que tenía que realizar su *puja*. Era la práctica regular con la que se había comprometido, era su manera de complacer a los siete sabios y de recibir sus bendiciones.

Sin embargo, aquí estaba en Ganéshpuri para ver a su Guru, Bade Baba. No podía dejar la aldea sin recibir el *dárshan* de Bade Baba, sin informarle de su partida, sin recibir su permiso para partir.

Mientras la *amma* le daba vueltas a este dilema, vio las fuentes termales que estaban a tan solo unos pasos. Las fuentes alimentaban estanques rectangulares de los que surgían rizos de vapor. Cada día, cerca de las tres a. m., Bade Baba tomaba un baño en esos estanques. Y después, a lo largo del día, las personas que llegaban para tener el *dárshan* de Bade Baba solían también bañarse en ellas para limpiarse, antes de aproximarse al Guru.

La *amma* se levantó de su asiento y caminó hacia las fuentes pensando que podría tomar un baño breve mientras esperaba. Debido a que era un día muy caluroso, no había nadie; tenía las fuentes termales para ella sola. Juntó los pliegues de su sari y se metió al agua.

Estaba disfrutando su baño, el agua le llegaba a la cintura, se arremolinaba suavemente a su alrededor, entonces, desde algún lugar cercano, escuchó un sonido. Varios sonidos, de hecho: gritos de alegría, el chapoteo de pequeños pies. Miró en torno suyo y, para su sorpresa, vio un grupo de niños que estaban de pie a la orilla del agua. Había uno, dos... *siete* en total, y no tendrían más de cinco o seis años de edad.

Antes de que ella pudiera decir algo, los niños brincaron al agua y comenzaron a jugar. Se salpicaban unos a otros, la salpicaban a ella y jugaban a su alrededor.

“Niños –dijo con una voz dulce pero firme–, por favor no me molesten mientras me baño”.

No pasó mucho tiempo y la *amma* salió del estanque, se vistió con ropa seca y caminó de regreso a Kailas Nivas. Era ya bien entrada la tarde para entonces.

Al acercarse al edificio, había *algo* en el ambiente, una sensación de atención y presteza. La gente hacía filas, preparándose.

Por fin, las puertas de Kailas Nivas se abrieron. Un asistente comenzó a dar paso a las personas para el *dárshan*. Bade Baba estaba sentado justo allí dentro.

Cuando fue el turno de *dárshan* de la *amma*, se aproximó ante Bade Baba. Su forma oscura y luminosa, su presencia permeaban cada partícula de la atmósfera con esa cualidad que en ocasiones podía sentirse evasiva y acogedora, que siempre estaba vibrando ahí: paz. Se arrodilló en *pranam*.

Entonces Bade Baba le preguntó:

¿Tuviste el *dárshan* de los *saptarishis*?

La *amma* miró hacia arriba, con una expresión de sorpresa en su cara. En India se dice que el *vrita* de una persona, su propio ritual, da fruto cuando recibe el *dárshan* de la deidad a la que adora. La *amma* recordó a los siete niños. Miró a Bade Baba.

En su corazón, en su mente o quizá en un espacio ilimitado y luminoso, sus palabras resonaron.

¿Tuviste el *dárshan* de los *saptarishis*?

